

Quien tiene miedo muere a diario

Mis años con Falcone y Borsellino

GIUSEPPE AYALA

Traducción de David Paradela López

gatopardo ediciones 

Título original: *Chi ha paura muore ogni giorno*

Copyright © 2008 Mondadori Libri S.p.A., Milano

© de la traducción: David Paradela López, 2025

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero, 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Vittoriano Rastelli/CORBIS/

Corbis vía Getty Images, 1985

Imágenes de las páginas 16, 29, 197, 254: © Olycom

Imagen de la página 55: © Team Editorial Service

Imagen de la página 91: © Adriano Alecchi

Imagen de la página 127: © Franco Zecchin

ISBN: 978-84-129125-4-8

Depósito legal: B-22877-2024

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A quien se lo debía

Es bonito morir por aquello en lo que crees;
quien tiene miedo muere a diario,
quien no tiene miedo solo muere una vez.

PAOLO BORSELLINO

Al volver a la Judicatura después de tantos años en el Parlamento, me tocó redactar una sentencia condenatoria por el hurto agravado de nueve gallinas ponedoras y un gallo. Pese a la sensación general de vergüenza, rompí a reír. Pero no estaba solo. Oí como Giovanni y Paolo se reían conmigo. A mandíbula batiente. Creo que sé exactamente lo que me habrían dicho: «¡Por fin una tarea a la altura de tus capacidades!», o algo por el estilo. Y a continuación, dejándose de bromas, habrían añadido: «Si después del maxiproceso has acabado entre robagallinas, el problema no es tuyo, sino de las instituciones, que siguen siendo amas infieles de sus mejores servidores. Nosotros algo sabemos de eso. En fin, tú ni puñetero caso, ¡la salud es lo primero!».

Alguien ha escrito que, transcurridos tantos años desde aquel espantoso 1992, «quizá Giuseppe Ayala ya ha pagado suficiente condena por seguir vivo». Espero que tenga razón.

Por eso mismo me han entrado ganas de poner por escrito —sobre todo para mí, pero también para quienes han de leerme (¿los veinticinco de manzoniana memoria?)— la historia de una gran amistad nacida por azar y vivida entre dramas y sucesos. Una amistad que se obstina en no morir y que sigue haciéndome llorar, pero también reír. Con ellos dos, otra vez.

QUIEN TIENE MIEDO MUERE A DIARIO

23 de mayo – 19 de julio de 1992

Habíamos quedado a primera hora de la tarde del viernes 22 de mayo en el aeropuerto de Ciampino. Falcone, como hacía a menudo, me llevaría a Palermo en un avión del Estado.

Por la mañana me telefoneó para avisarme de que había un cambio de programa. Francesca no iba a poder salir del trabajo a tiempo. El despegue se aplazaba veinticuatro horas. «Giovanni, creo que, para llegar a Palermo el sábado por la noche y volver a salir el lunes por la mañana, mejor me quedo en Roma. Gracias de todos modos y nos vemos la semana próxima.»

A las 17.59 de aquel sábado, quinientos kilos de trilita segaron cinco vidas y la dignidad de este país. Yo tenía que haber estado allí. Como en el caso de Ninni Cassarà, la balanza de la suerte se había inclinado por un pelo. La diferencia es que yo me salvé.

El domingo 19 de julio, tras volver de la playa, me encontraba descansando. Hacia las seis de la tarde oí un estruendo que me hizo saltar de la cama. Me asomé, pero no noté nada particular. Al cabo de unos minutos vi una enorme nube negra que se alzaba por encima del edificio de diez pisos situa-



El atentado de Capaci.

do delante de mi casa. Bajé a la calle. La escolta me siguió. Al cabo de doscientos metros nuestros ojos se vieron asaltados por una imagen que ningún ser humano debería contemplar. Y que no describiré. Tropecé con el torso quemado de un hombre. Era lo que quedaba de Paolo Borsellino. Fui el primero en verlo en ese estado. Seré el último en olvidarlo.

EL DESEO DE TOMAR PARTIDO

—Señor juez, trabaja usted demasiado.

Este fue el saludo que me dirigió, en tono confidencial pero respetuoso, el señor Catania, secretario del Juzgado de Mussomeli, a mi regreso de las vacaciones de verano de 1979.

Lo conocía desde hacía ya algunos años y apreciaba su buena educación, pero por encima de todo —para mí, que era un juez joven— su consumada experiencia profesional. Al principio, sobre todo, había sido inestimable y, con el tiempo, había contribuido a consolidar entre nosotros una relación caracterizada no solo por la estima mutua, sino también por la simpatía. Entendí, pues, que no lo decía en broma. Lo invité a mi despacho, cerré la puerta y le pedí que se explicase mejor. Era evidente que quería decirme algo.

El señor Catania fue muy claro y, con los datos en la mano, me explicó:

—Verá, señor juez, he revisado los casos pendientes, tanto los civiles como los penales. Son pocos. Dicta usted demasiadas providencias. ¿Y sabe cuál será el resultado? No espere recibir elogios ni alabanzas. Lo que pasará es que a usted lo reclamarán para el juzgado de Caltanissetta, y a mí para el de Villalba, donde hace tiempo que no hay secreta-

rio. Ese será nuestro premio. Un incremento de tareas y la incomodidad de tener que desplazarnos.

Lo más oportuno, por tanto, era que aumentaran los «casos pendientes».

Respondí con una sonrisa con la que pretendía expresar mi parecer. Yo no tenía en absoluto la impresión de trabajar demasiado. Al mismo tiempo, me daba cuenta de que no podía mostrarme indiferente (pues no lo era) ante la posibilidad de convertirme en la causa de una serie de molestias para el pobre señor Catania, que sin duda no se las merecía.

Encontré un argumento. Le recordé a mi interlocutor que el Consejo Superior de la Magistratura había llevado a cabo un seguimiento exhaustivo con el que había obtenido, para cada tipo de juzgado, un índice numérico que expresaba la relación entre la carga de trabajo y los recursos humanos disponibles. Un índice de 1 indicaba una utilización óptima del recurso humano, es decir, del juez asignado a tal o cual juzgado. Por consiguiente, todos los índices por encima de 1 indicaban una carga excesiva de trabajo, y por debajo, lo contrario. El señor Catania sabía muy bien que el índice relativo a nuestro juzgado empezaba por cero y coma. No podía, por tanto, bajar la productividad. Habría quedado como un gandul.

Aunque ambos sabíamos muy bien que las consecuencias habrían sido nulas, la perorata de aquella futura víctima del trabajo ajeno chocaba también con mi orgullo, incluso más que con mi sentido del deber. Extendí los brazos y, sonriendo nuevamente, le pedí que fuera comprensivo. Lo fue.

Por supuesto, Catania tenía razón. Al cabo de poco tiempo llegaron las temidas solicitudes y las consiguientes molestias. El secretario comentó la situación diciendo:

—¿Qué le había dicho?

A lo que yo respondí:

—¿Y qué podía hacer?

Hay que aclarar que el hombre no dejó de apreciarme. Este episodio me hizo reflexionar sobre el funcionamiento real de la maquinaria judicial en Italia. A pesar de que, en lo personal, a mí no me afectó en absoluto, salvo por el disgusto que le había ocasionado a mi apreciado colaborador.

Estaba dando mis primeros pasos como juez, pero no era ningún pipiolo: justo después de licenciarme, había empezado a frecuentar los ambientes judiciales en calidad de joven abogado, hasta que mi meditada dimisión puso fin a esa carrera.

Tras aprobar los exámenes de la Abogacía, me habían contratado en uno de los bufetes penalistas más importantes de Palermo, el del profesor Girolamo Bellavista, catedrático de Procedimiento Penal en la universidad y, por tanto, antiguo profesor mío. Además de ser un auténtico príncipe de los tribunales, dotado de una oratoria magnética, poseía una enciclopédica cultura jurídica y humanística. Una gran personalidad. Enseguida me ganó su simpatía: se las ingeniaba para que sus clientes me eligieran también a mí para trabajar a su lado, sobre todo en los casos que requerían una mayor dedicación.

El último fue un juicio contra la mafia con varios imputados por asesinato, y se celebró en la Sala de lo Penal de Agrigento desde octubre de 1973, pocos días después del repentino fallecimiento de mi padre, hasta la primavera de 1974.

Dediqué buena parte de aquellos meses a hacer seguimiento de las vistas, a menudo trabajando también durante toda la noche. Mi habitación del hotel daba a una terraza situada a unas decenas de metros en línea recta del templo de la Concordia. Todas las noches, antes de acostarme y después de haber pasado tardes enteras entrevistándome con los acusados en prisión, me quedaba contemplándolo. Qué

contraste más violento. Mi tierra me ofrecía los vestigios de una gran civilización al mismo tiempo que todos los días, durante horas, tenía que vivir en directo la barbarie de la mafia. Parecía hecho a propósito para ayudarme a resolver de forma definitiva el malestar que me producía el contacto diario con aquellos delincuentes, que se había vuelto insostenible.

Tenía veintiocho años y muchas ganas de tomar partido. Me parecía que el bando correcto era el de la Sicilia que luchaba contra la mafia, y no el de esa otra que la toleraba. Una madrugada a las cuatro, en perfecta soledad, decidí que mi trabajo tenía que ser otro, el de magistrado. No perdí el tiempo y gané la primera oposición que se abrió en esa dirección.

Más tarde me di cuenta de que una cosa es ser juez y otra muy distinta convertirse en un engranaje orgánico de la maquinaria burocrática. No era ese mi terreno. Ni quería que lo fuera.

Pude constatarlo unos años más tarde, cuando, recién trasladado a la Fiscalía de Palermo, hice caso omiso de un consejo que me dio un colega mayor que yo, un hombre con mucha chispa:

—Escúchame, Peppi: no te ganes fama de currante; si no, ¡date por jodido!

Tenía razón. Por otra parte, era el mismo que, cuando un amigo que se había cruzado con él a la salida del tribunal le preguntó: «Pero ¿adónde vas tan temprano?», respondió: «Esta mañana he llegado tarde, ¡más vale que me vaya temprano!».

Ironía, desde luego, no le faltaba. Ni razón tampoco.

Llegué a la Fiscalía de Palermo en septiembre de 1981. Mucho antes de lo que había previsto.

A finales de la primavera del año anterior, me había encontrado por casualidad con Gaetano Costa, fiscal de la

República en Palermo, en via Libertà, durante uno de sus habituales paseos vespertinos. Inmediatamente después de intercambiar saludos, me había preguntado por mi vida en el Juzgado de Mussomeli, bromeando un poco antes de ir al grano:

—Pero ¿qué haces todavía en Mussomeli? ¿Por qué no te presentas a la Fiscalía de Palermo?

La idea era tentadora, aunque Costa tenía fama de duro, de alguien que exigía mucho de sus suplentes.

Él me conocía bien. Había frecuentado su casa de Caltanissetta durante buena parte de mi adolescencia, ya que era compañero de colegio y amigo íntimo de su hijo Michele. Yo también lo conocía bien. Su ostentosa severidad escondía un sincero afecto hacia mí, que se manifestó precisamente en aquella invitación. Le di las gracias y le prometí que lo pensaría.

Unos días después lo llamé por teléfono y le dije:

—Señor fiscal, ya he presentado la solicitud. Por favor, ¡no haga que me arrepienta!

Me contestó:

—Te diré más, hablaré a tu favor, así que espero no ser yo el que se arrepienta.

El estallido subsiguiente de una carcajada burlona me tranquilizó. Mi desafortunada broma había sido perdonada.

Nunca volví a hablar con él. La tarde del 6 de agosto de 1980, un sicario mafioso aprovechó su incauta costumbre de salir de paseo para acribillararlo a tiros en via Cavour.

El día de Reyes de aquel año fatídico, corrió la misma suerte el presidente de la Región de Sicilia, Piersanti Mattarella, asesinado ante los ojos de su esposa, que estaba sentada a su lado. No puedo decir que fuéramos amigos, pero nos habíamos conocido en una situación muy graciosa, tanto que, cada vez que nos veíamos, se divertía contándoselo a nuestros interlocutores de turno.